INTEGRAR EL DISEÑO AL ESCENARIO

ENRIQUE MARTÍNEZ

ENRIQUE MARTÍNEZ
Ingeniero Químico, Universidad de Buenos Aires (UBA). Fue decano de la Facultad de Ingeniería, UBA. Presidente del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) en dos oportunidades: 1986-1988 y desde 2002 hasta la actualidad. Presidente del Polo Tecnológico Constituyente, Universidad Nacional de General San Martín (UNSAM).

El diseño industrial dio lugar a diferentes posturas relacionadas con el interés de los emprendedores, provocadas por la poca reflexión otorgada a la importancia de la profesión y el papel que debe ocupar en una cadena de valor.

En la inmediata posguerra, el acelerado proceso de sustitución de importaciones llevó a que muchos empresarios se conviertan en diseñadores autoinstruidos mediante la copia y la adaptación de los bienes que se comenzaron a fabricar en el país. Siguió un ciclo largo, que en rigor no se agotó aún, de desnacionalización de la industria que, lisa y llanamente, convirtió a muchos sectores en productores de bienes concebidos, calculados y, por supuesto, diseñados en otras playas. Esta realidad, extensible a todo el mundo periférico, podría haber extinguido por completo el diseño industrial en nuestro país. Sin embargo, a mi juicio, apareció como antídoto un cúmulo poco estructurado pero potente de iniciativas en el campo de las ciencias sociales, la arquitectura y también el diseño, producto de la rica dinámica universitaria argentina que permanentemente nos sorprende.

Cabe acotar que, en relación con los profesionales, sobre la base de una universidad que asocia el éxito de su misión a colocar en el mercado de trabajo a sus egresados, se construyó desde hace algunos años una paradoja: el crecimiento de la oferta de diseñadores, dirigida a

una demanda imprecisa, que tiende a concentrarse en los sectores vinculados a la moda, como la indumentaria, el calzado o el mueble, sin explorar lo que yo llamaría el *diseño industrial duro*, que se ocupa de bienes durables o incluso de bienes de capital. Adicionalmente, la demanda dominante, perdido ya el empuje de autonomía de hace medio siglo, busca, en buena medida, adaptar al país diseños pensados para otros mercados.

Tal vez sea útil tomar riesgos en este contexto. Esto significa pensar espacios en los que el diseño industrial, más que acompañar al resto de los eslabones de la cadena de valor, represente una avanzada que permita crear nuevas instancias productivas. Señalo esto porque de tal modo, el diseño haría honor a su componente distintivo, que es la creatividad, en un escenario productivo que por momentos resulta totalmente dependiente de decisiones comerciales o de inversiones que se toman en otros países con efectos a escala global.

Quisiera analizar la traducción práctica de esta idea llevada al enorme espacio de las formas de utilización de las abundantes materias primas que posee nuestro país. Elementos como la lana, la piedra toba, el eucaliptus, el palo santo y varias otras maderas aromáticas; el chaguar, el cuero ovino, el aluminio, el acero y varios plásticos, son completamente ignorados o mal procesados o producidos –incluso por grandes capitales– con el solo objeto de exportarlos en su forma más primaria de transformación.

El diseño industrial mostró en varios casos –al menos en nuestra experiencia en la gestión del INTI– que está en condiciones de aplicar una lógica que lleve de manera dinámica e iterativa a:

a· considerar nuevos usos de un material a partir de sus cualidades intrínsecas,

b· pensar los procesos de transformación;

c· trasladar a las ramas de la ingeniería la factibilidad técnica de tales procesos;

d· reiniciar una lógica circular de acumulación de conocimientos pluri disciplinarios, hasta alcanzar un producto útil que se pueda manufacturar de manera eficiente.

Con esa mirada, la lana deja de ser solo materia prima para hilar o el palo santo surge como un inagotable proveedor de elementos útiles, más allá de la artesanía tradicional. La perseverancia en este enfoque, entonces, llevaría al diseño industrial por senderos complejos y distintos de los entendidos como tradicionales. Es probable que se necesite que toda una generación de diseñadores aplique su experiencia a este campo y dé forma a los respectivos modelos de intervención, antes de intentar avanzar hacia espacios más complejos aún. Me refiero a un mayor grado de compromiso entre estos profesionales y quienes se ocupan de la producción de bienes de capital para implementar los más diversos procesos productivos.

Uno de los errores que más afecta la evolución del diseño industrial es el encasillamiento de los profesionales en lo que se podría llamar *tecnología de producto*, que supone desentenderse de la tecnología de proceso, esto es, de los modos de transformación de las diversas materias primas, hasta llegar a configurar el producto deseado. Por esta lógica balcanizada, todos los tipos de concursos de diseño sirven como registro de la concepción de infinitos bienes para los que no se pensó el proceso productivo. Por esta razón, el eventual fabricante debe interesarse, primero, en el objeto para luego abocarse a estudiar cómo fabricarlo, con el riesgo de descubrir que la complejidad de la manufactura es de tal magnitud que recomiende no ocuparse.

Esta secuencia constituye una dolorosa pérdida, que no es personal del diseñador sino colectiva, y que puede ser evitada si se pone bajo la lupa la metodología de avance en el proceso de diseño y se establece la vinculación con la manufactura apenas iniciado el trabajo.

Todo esfuerzo que se aplique a conseguir el doble objetivo de vincular el diseño a la industria y, a la vez, garantizar la libertad intelectual del diseñador, será un aporte a la autonomía productiva de este país.

Seguramente debe parecer ampuloso sostener que un sector fuerte de diseño industrial es uno de los indicadores de una economía independiente. No sé si es mi debilidad de lenguaje o mi convicción profunda, pero creo que se trata de una meta a poner junto con la investigación y el desarrollo vinculados a necesidades sociales y regionales; la construcción de tejido industrial en las regiones más pobres del país; la mejor vinculación entre los ciudadanos y la producción, que los aleje del estereotipo de consumidores bobos.

Un trabajo de diseño que avance hacia lo funcional y no hacia lo estético; que piense en la escala humana, más que en la escala global y que se ocupe de valorizar recursos naturales argentinos, como se ha señalado más arriba, resulta un componente insustituible de un modelo productivo nacional de nuevo cuño.